

# LOS DIEZ VIEJITOS DE PASTOR

Cuento de CARMEN LYRA



Carmen

Lyra



Cuando la niña vió en los periódicos la fotografía del autor de aquel hecho de sangre que hiciera bulla por ser la víctima quien era, se conmovió mucho, y al punto pensó en los pies de Pastor con sus dedos deformados por el trajín de la vida. Le pareció verlos echados como perros de pobre al borde de la sucia de los cañales del peón. En la familia nadie se dio cuenta de lo que pasaba en el ánimo de la muchachita. Casi nunca los padres se dan cuenta de la vida íntima de sus hijos y menos si los padres son personas de grandes negocios, abrumados además, por los inúmeros deberes que demanda una alta posición social.

La niña conoció al peón durante unas vacaciones, en la finca de café que sus padres poseían en Tres Ríos. Vagaba ella una tarde por el patio de atrás, bajo los jales y los eucaliptos mientras los padres y hermanos se entregaban a las distracciones de que las personas distinguidas echan mano en las temporadas campesinas. Este patio tenía para su espíritu infantil un encanto particular, porque entre las ramas de los árboles encontraba rincones admirables para ponerse a hacer fantasías; porque el viento se enredaba entre el follaje como una madeja de seda entre las manos de un gato juguetón; porque los eucaliptos dejaban caer unas semillas que parecían sombreritos con las que ella jugaba horras enteras y porque por allí correteaba la acequia en cuyas aguas chapucaban los carracos de lindos plumajes y crecían los berros. Esa tarde llegó un hombre a los dominios de la chiquilla, se sentó en el mollejo en el que los peones afilaban sus machetes, se quitó los cañales y se puso a lavarse los pies. Mientras se los refrescaba con una teja hablaba solo: "Están cansados, viejos? Este pobre está encondado con una astilla de mangle que se le metió en Puntarenas y que no he podido sacar".

La niña lo miró extrañada. Era un peón nuevo, que ella no conocía. Si le hubieran preguntado si el desconocido era un hombre joven o viejo, ella habría contestado que era un viejo, porque para los niños todos los adultos son personas viejas. Pero nunca olvidó aquella figura de miembros recios y piel oscura como ladrillo pasado de fuego, en la que brillaban unos ojos muy negros y unos dientes muy blancos.

Se acercó al hombre la niña y le preguntó:

—¿Con quién estás hablando?

El contestó sorbiéndose las eses al modo guanacasteco:

—Pues hablo con estos "viejos"—y señaló los dedos de sus pies.

La imaginación de la chiquilla se puso alerta:

—¿Y te entienden?

—Claro que me entienden— y los enderezó y los colocó en actitud de una fila de soldados que esperan una orden.

Eran unas patas grandes, negruzcas, parecidas a raíces de palo. Los músculos y las venas corrían bajo la piel como mecates finos de nudos, los dedos deformados con unas uñas que hacían pensar en máscaras. Al verlos la muchachita, se acordó de unos idolillos de piedra sacados de huacas de indios que tenía su hermano mayor en el estante de su oficina. Ante estos dos pies grandes y feos, con sus hileras de dedos semejantes a viejecillos o a animalillos grotescos, ella sintió una gran compasión. La verdad es que la niña era una criatura fantástica. Chica, la criada que la había chincado, la sorprendió una noche cubriendo con trapos y papeles las plantas que adornaban el corredor y el negro recortado en madera que hacía de cenicero. Dijo que era para que no pasaran miedo ni frío.

Se quitó sus zapatitos suaves y sus medias finas, y comparó con los pies del hombre sus patitas blancas y limpias, de talones nacarados y dedos pequeños y regordetes como pichones de paloma con su piquito de coral.

El peón dijo:

—No se parecen, ¿verdad mi niña? Los suyos viven cuidados como flores dentro de sus zapatitos. En cambio los míos... Desde que

yo era un chamaco como usted, han tenido que ir y venir por caminos pedregosos y embarrillados. A este que ve aquí lo picó hace unos años una víbora. Desde entonces quedó así medio atontado el pobre. Casi me muero. Dichosamente masqué tres hierbas que yo sabía eran buenas contra el veneno de culebra. Un secreto que me dió un zambo mosquito.— Esto era mentira, porque lo que lo salvara entonces fué el suero Butantán. Pero así son los campesinos les gusta contar cosas extraordinarias alrededor de las serpientes. A otro dedo le faltaba la mitad. Se la llevó con una hacha en una ocasión en que labraba troncos para un aserradero allá en la montaña. ¿Con qué se lo había curado? Con barro. El barro y las telas de araña eran muy buenas para las cortadas. Un compañero se había apeado también con el hacha todos los dedos de un pie. El le había puesto una penca de barro para estancarle la sangre.

—¿Y los dedos qué se hicieron?— preguntó la niña.

—El hombre los buscó entre el matorral, los recogió en un pañuelo como si fueran huevos de pájaro y se los llevó bien anudados.

—¿Y después?

—Pues después lo encontré renqueando, pero por lo demás, el pie había sanado.

Así siguieron conversando hasta que cayó la noche. Entre la hierba ponían los grillos manchitas de música sobre el silencio. Arriba iban saliendo las estrellas sin hacer el menor ruido. ¿Cómo era que no se las sentía llegar?

El hombre dijo a la niña, señalando la constelación de Orión que estaba muy encumbrada en el horizonte:

—¿Vé niña, aquel grupo de estrellas? Pues son cuatro clavos de oro con que está sujeto un cuerno de venado que pusieron a secar al sol.

—¿Y quien lo puso a secar?

—¡Uh... Vaya con la ninita preguntona.

Chica, la criada la llamó: era ya tarde para que siguiera en el sereno. ¿Y qué estaba haciendo descalza?—Válgame Dios con esta criatura loca!

Pero otro día la muchachita buscó en la tarde al peón que vino a descansar de las faenas del día a la orilla de la acequia. Sentado en el mollejo fumaba su pipa, y el humo flotaba en torno de su cabeza como una aureola que brillaba a los rayos del sol poniente. El viento suave de la tarde mecía las ramas de los eucaliptos y de los jales, y al frente se levantaba el cerro de la Carpintera, al que el crepúsculo envolvía en una gasa de tonos violeta. A la orilla del agua los carracos dormitaban en una pata con el pico metido entre el plumaje del espinazo. El hombre permanecía inmóvil, perdidos los ojos en la lejanía. La niña estaba a horcaditas en la rama de un árbol y lo llamó:—Pat, pst.

El levantó la cabeza y llevó la mano al viejo sombrero en respetuoso saludo.

—¿Cómo te llamas?

—¿Yo? Me llamo Pastor.

—¿Me bajo para que me digas.

—Y le señaló los pies—me sigan contando cosas como ayer tarde?

—Oigan "viejos" lo que quiere la niña—dijo dirigiéndose a los dedos.

Estos se enderezaron como unos titeres y se agitaron en señal de asentimiento.

—Puede bajar la niña, que no se harán de rogar.

Y la niña fantástica bajó y se sentó en la hierba frente a Pastor y escuchó las aventuras que habían ocurrido a los diez "viejos", una vez que habían ido a la pesca de la tortuga allá por las playas de Tortuguero. ¿Qué se podía esperar de una criatura como esta niña que se pasaba días enteros vagando con la acequia o encaramada en los palos? Ella quería saber de dónde venía y para dónde iba el agua y le gustaba mucho que la meciera el viento. Hablaba con el agua y hablaba con el viento. ¿Qué de extraño tenía entonces que se entendiera

**La obra literaria de nuestra compañera Carmen Lyra, es parte sustancial de su militancia ejemplar en las filas de los obreros y campesinos. Su triunfo nos orgullece legítimamente. Para ella nuestro más cordial saludo.**

## TRABAJO

Dando un panorama de los cuentistas americanos de la actualidad. "La Nación" uno de los diarios argentinos de más prestigio, —mundialmente reconocido en los círculos intelectuales y periodísticos— dedicó a Costa Rica un cálido homenaje en la persona de nuestra compatriota, la escritora nacional, Carmen Lyra (señorita María Isabel Carvajal), uno de cuyos cuentos "Los Diez Viejitos de Pastor" llena la representación de nuestro país en el panorama literario de la América que da "La Nación" a sus lectores del mundo entero.

El cuento argentino es de Benito Lynch; el boliviano, de Alcides Arguedas; el brasileño, de Graciliano Ramos; el canadiense de Stephan Leacock; de Carlos Montenegro el cubano; de Sanin Cano el colombiano; de Mariano Latorre el chileno, de Juan Bosch el dominicano, de Sherwood Anderson el yanqui; de Arévalo Martínez el guatemalteco; de Salarrué el salvadoreño, etcétera.

Como se puede observar, se trata de una selección cuidadosísima de las mejores producciones en el ramo del cuento corto.

Cúpole a Carmen Lyra la gloria envidiable de llevar la representación literaria de Costa Rica con su cuento "Los Diez Viejitos de Pastor" que, al comentarlos, dice "La Nación":

## EL CUENTO DE COSTA RICA

Carmen Lyra: "Los Diez Viejitos de Pastor" El nombre de Carmen Lyra es de antiguo uno de los más famosos de la literatura hispano-americana. Dueña de una obra narrativa y periodística muy vasta, su nombre es demasiado familiar en las antologías y estudios sobre literatura americana escrita en español, para que tengamos que insistir ahora sobre sus condiciones de extraordinaria estilista y prosista lírica. Escrito en forma poemática y tan sugestiva que mueve a finas emociones. "Los Diez Viejitos de Pastor", o sean sus diez dedos de los pies, a los cuales la fantasía de su poseedor les asigna el don mágico de contar cuentos es un relato que nos pinta las penurias, peligros y bravuras de los peones que trabajan en las regiones agrícolas de las tierras del trópico. El relato abunda en notas de vivo colorido y en modalidades peculiares, que nos ilustran deliciosamente sobre los recios contornos que asume la penuria humana en tierras calcinadas por el sol y sujetas a la sempiterna acechanza de la selva.

Ilustra este cuento el dibujante costarricense Juan Manuel Sánchez.

Al dar cuenta de este suceso, que casualmente llegó a conocimiento nuestro, "La Hora" felicita muy efusivamente a Carmen Lyra por haber llevado la representación de Costa Rica ante el mundo literario de América.

con los dedos de los pies de un peón que habían recorrido todo Costa Rica?

Durante esa temporada de verano mientras la gente formal de la familia se divertía con sus "bridges", pinpones, partidas de "basket" y otras diversiones importantes, la niña buscaba a Pastor, que se había acostumbrado a descansar sentado en el mollejo a la orilla de la acequia. También venían otros peones y chiquillos que vivían en la finca y hacían rueda en torno de nuestro hombre, que tenía mucha gracia—cuando se decidía a salir e sus largos mutismos—para narrar las aventuras que le habían ocurrido en sus correrías a través de todo el país, y también cuentos de duendes y de espantos. El viento susurraba entre el ramaje fino de los jales, y el agua de la acequia se alejaba con tan suave murmullo que parecía que era el sonido que se hilaba para tejer el silencio. Los cometales trasnochadores se hacían el amor con sus gorjeos, que eran para los oídos lo que son para los ojos las florecitas lindas de los potreros. Del establo salían los bramidos tibios de las vacas en busca de los balidos de los terneros. Y del campo subía hacia el cielo luminoso un encanto inefable. ¡Y todo esto influyó tanto en la vida futura de la niña! Los sonidos aterciopelados de esas tardes de verano con el cerro de la Carpintera matizado de violeta y los relatos de Pastor con su trama de realidades y de fantasías, dejaron en las profundidades de esta alma infantil un sedimento de poesía que más tarde salió a la luz de su conciencia, se le diluyó en el pensamiento

te e imprimió a su vida un rumbo diferente de aquel que habría deseado para ella el espíritu adocenado de sus parientes. En su imaginación se confundían, Pastor y los dedos de sus pies, y las narraciones de éste eran para ella un coro que formaban aquellas criaturas humildosas y feos que asomaban por el borde de los cañales. Había dado a cada uno su fisonomía y su nombre y por todos sentía una gran ternura, como si cada dedo fuera Pastor. Deseaba abrigo como a las matas y al negro del corredor. Más tarde, muchos años después, cuando la niña pasó al mundo de los adultos, escribió unas graciosas historias para niños que tuvieron gran éxito entre éstos y entre la gente grande de corazón sencillo. Se trataba de aventuras en las que los protagonistas eran "Los Diez Viejitos de Pastor" que se habían ido a rodar tierra por todo Costa Rica. Los niños aprendían a conocer y a amar a su país a través de estos relatos en donde la geografía física económica y política perdía toda la pedantería y el aburrimiento que suele imprimirle la pedagogía oficial, se humanizaba y se llenaba de gracia.

¿Cuántas cosas contraron los dedos de Pastor a la niña de la finca! Habían peregrinado y vagabundeado por todo Costa Rica estos dedos que hacían pensar a ratos en una fila de soldados que estaban en campaña, o bien en una tralla de bestezuelas de tiro enganchadas a sus carros de trabajo. Ellos contaron a la niña de cuando Pastor era un chacalín e iba a las temporadas de pesca de concha-perla en el golfo de Papagayo, que tenía fama de malhumorado. Era en las Islas Golondrinas, famosas por sus bancos de ostras, Pastor contaba con or-

gullo:—todos éramos buzos de cabeza; ninguno se metía en aquellas escafandras incómodas y pesadas. Bajábamos desnuditos, como Dios nos echó al mundo, nada más que un puñalito en la mano para arrancar las conchas bien pegadas de la roca y para defenderse de los tiburones y de las mantas. Eran unas seis horas de trabajo diario. La niña no podía imaginar lo que era estar bajando a las profundidades del mar para sacar un quintal de concha-perla. Y todo el tiempo que estaban dentro del agua tenían que estar sin respirar; eran minutos largos como horas.

—¿Y había muchas perlas?— preguntaba la chiquilla.

El decía que a veces se pasaban días y días sin encontrar ni una perla. Pastor la había encontrado lindas dentro de la ostra irisada, como flores en un jardín, que valían cientos de pesos: perlas blancas, lechocitas, perlas rosadas con un rosadito como el que hay en los amaneceres de verano y perlas grises como las garzas grises. ¿Conocía la niña las garzas grises? Sí, ella las había visto en el Parque Bolívar. En seguida entraba en juego la fantasía de Pastor que lo ponía a hablar de palacios y tesoros que él veía en las profundas aguas del golfo de Papagayo.

Luego contaba de las costas de la bahía de Culebra que se querían tomar los machos, porque diz que en sus aguas puede maniobrar toda la escuadra de los Estados Unidos; una bahía abrigada de los vientos como la sala de la casa e la niña. Allí de noche, cuando anda uno por la playa, va dejando pintados los pies como si fueran de fuego y los remos chorrean luz en vez de agua, pero son un fuego y una luz verdosos como el de los carbunclos. Contaba también de las fieras de ganado que había visto en el Guanacaste y del duro trabajo de los arrozales:—¿Quién ve ese granito tan blanco y tan bonito, niña, y lo que cuesta! Es casi como sacar las perlas del fondo del mar. Hay un dicho que dice que el arroz requiere cielo de fuego y suelo de agua, y así es.

—Estos—añadía señalando "los viejos" de los pies—saben lo que es estar metido en el fango para cortar la espiga de arroz y saben también lo que es llevar clavado en la carne la granza del arroz mientras se transportan a la espalda sacos de 200 libras por veredas increíbles. "Los viejos" sabían lo que es voltear montañas metidos en zapatones de cuero, empapados, en la región bananera del Atlántico y de las infecciones que deja el barro podrido del río Reventazón después de las inundaciones; sabían lo que es aferrar, se a la tabla ardiente de las embarcaciones que pescan atún en el golfo de Nicoya, para no ir a parar a los dientes de los tiburones cuando se sacan animales de 100 libras o cuando se tiran de las redes de 500 varas de largo.

La niña oía con los ojos abiertos de par en par, y oyendo a Pastor aprendió que su pueblo no es un pueblo de ociosos y supo de las condiciones negras en que este pueblo ha sacado de la tierra y del agua tantas riquezas.

Lo que nunca contaron los "viejos" de Pastor a la niña era la propia tragedia de Pastor durante una huelga en los bananales; un macho de la Compañía Bananera le quitó la mujer; le incendiaron el rancho y su hijo de dos años murió achicharrado. Fué cuando se vino a trabajar a los cafetales de Turrialba y luego a los de la Meseta Central. Y llegó a la finca de Tres Ríos. Entonces Pastor era como aquella copla colombiana: Ya se murieron mis perros, ya mi rancho quedó solo, mañana me muero yo para que se acabe todo.

Pasó el tiempo. A la niña se la llevaron a la capital, Pastor siguió rodando tierras. Muchas veces recordó ella los cuentos de "los viejos" de Pastor y deseó volver a verlo.

Pastor se metió a trabajar en la región de Parrita que había pa-

sado a ser dominio de una compañía bananera. Quizás el rencor que traía entre el pecho y la vida en aquel infierno verde en en la que los trabajadores criollos eran tratados por los machos como bestias, lo llevaron a hacer lo que hizo. El fué de los que voltearon aquellas montañas salvajes y de los que cultivaron los mortíferos pantanos del delta del río Terraba. Durmió en los hediondos campamentos que la United levantó para hacinar a los peones, apagó su sed terrible con agua lodosa; vivió meses y meses a base de frijoles y arroz de mala calidad; pasó fiebres echado en el suelo mojado a la intemperie y oyó a los machos mentarle la madre por cualquier cosa. En la construcción del muelle de Quepos su espalda y sus pies se llagaron en la descarga de durmientes creosotados.

El caso es que un día Pastor le pegó dos tiros a un macho y lo mató. Los que estaban allí cerca dijeron que el macho había ultrajado a una pobre mujer que acababa de desembarcar con sus chiquitos y que venía en busca de su marido. ¿No sabía la "perla" que era prohibido que allí llegaran mujeres? Ella no hallaba qué hacer ante el mister que la amenazaba, con los niños llorando agarrados de su humilde falda. Los periódicos publicaron las fotografías del "criminal" y de la víctima y dijeron que aquél había obrado bajo la influencia del alcohol y de ideas subversivas.

Pastor era una especie de pizote solo, es decir que tenía pocos amigos. A la cárcel lo fueron a ver unos cuantos durante los primeros meses de su prisión. Después se perdió, se lo tragó la justicia. Sólo una muchachita de familia rica lloró por él, en la noche cuando nadie la veía, bajo las sábanas. La madre y el padre de la niña se alistaban para asistir a un banquete. La madre oyó sollozos en el cuarto de los niños, y mientras se calzaba un guante fué a asomarse por la puerta su cabeza artísticamente peinada.

—¿Quién llora?—preguntó.

—Es Soledad—respondió una vocecilla que salía de una de las camas.

—¿Qué te pasa, Soledad?—inquirió sin pasar del umbral.

—Nadie respondió.

—¿Te duele algo?

Silencio.

El padre entró dándose un retoco en el "smoking".

—¿Qué pasa?—preguntó a su vez.

—Es Soledad que está llorando.

—¿Qué tiene?

—Le he preguntado y no responde.

—Debe ser dolor de estómago. Comen demasiados dulces. Hay que darle un purgante.

Y el señor y la señora salieron dejando tras sí una oleada de perfume distinguido.

Ha de saberse que a ambos les gustaba el espiritismo y que en cuanto sus deberes sociales les dejaban una noche libre, asistían a sesiones en las que una señorita que servía de médium permitía que los espíritus salieran y entraran en ella como Pedro por su casa. A los padres de la niña les interesaban mucho los espíritus de los muertos y alrededor de éstos mantenían largas conversaciones con otros aficionados. En cambio las almas de los vivos no les despertaban la menor curiosidad. Para ellos sus hijos, sus criados, sus peones y sus amigos era como si no tuvieran alma.

La niña lloró mucho antes de dormirse. Pensó en Pastor encerrado entre un calabozo. Chica le había contado que a los criminales los encierran en calabozos que son unos cuartos estrechos y oscuros. Pensó en los dedos de sus pies y le pareció verlos echados, ya sin arrestos, soñando en los caminos que nunca más recorrerían.